

LENGUAJE: CULTURA Y POLÍTICA

*Conferencia del Dr. José Claudio Escribano
al incorporarse como académico de número a la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
en sesión pública del 28 de abril de 2010*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de noviembre de 2010.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2009 / 2010**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSI
Vicepresidente . . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protesorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA.....	27-11-02	Carlos Pellegrini
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Pedro J. FRÍAS
Dr. Carlos María BIDEGAIN
Dr. Miguel M. PADILLA

*Apertura del acto a cargo del
académico Presidente Jorge Reinaldo Vanossi*

En la sesión pública de esta tarde, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se complace en incorporar como Académico de Número al Dr. José Claudio Escribano, cuyas relevantes cualidades intelectuales y morales son ampliamente conocidas.

El académico José Claudio Escribano, luego de ser presentado por el académico –y ex Presidente de nuestra Academia– Gregorio Badeni, disertará sobre el tema “Lenguaje: cultura y política”.

Doctor Escribano: tengo el alto honor de hacerle entrega del diploma que lo acredita como nuevo Miembro de Número.

Presentación a cargo del académico Gregorio Badeni

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se complace y se honra al incorporar esta tarde, y de manera oficial, a José Claudio Escribano como miembro de número de esta Corporación. Fue designado por sus pares en la sesión del 27 de mayo de 2009 para ocupar el sitial cuyo patrono es Domingo Faustino Sarmiento. Sitial que dejó vacante quien fuera nuestro estimado amigo e ilustre pensador don Víctor Massuh.

Escribano es uno de los expertos más relevantes de la ciencia de la comunicación social y en el arte del periodismo. Es un eminente periodista y agudo analista político que, en el ejercicio de su actividad, prestó y presta servicios invalorable a la República satisfaciendo la inquietud informativa de la sociedad y defendiendo, con singular firmeza, la prensa libre y los principios democráticos en un marco de pluralismo, tolerancia y particular apego a los valores éticos.

En los 72 años de vida de nuestra Academia, es el sexto periodista que se incorpora a ella. Lo precedieron personalidades inolvidables como Alfonso de Laferrere, Adolfo Lanús y Emilio Hardoy, y lo acompañan nuestros académicos Bartolomé de Vedia y Jorge Emilio Gallardo. Todos ellos, de fecunda labor académica, fueron y son, a igual que Escribano, docentes eximios por la permanente transferencia de conocimientos con la resonancia personalizada que construye el diálogo en la comunicación oral y

escrita. Es así que, en palabras de Santiago Kovadloff, Escribano integra la categoría de quienes se empeñan en descubrir los desafíos trascendentes que se esconden en la piel de la actualidad.

Escribano es portador de una honrosa trayectoria de periodismo libre e independiente forjada en el diario La Nación por su distinguido fundador, Bartolomé Mitre. Una trayectoria iniciada hace 54 años en la cual puso de manifiesto la claridad, excelencia y profundidad de su pensamiento con el señorío magistral de la pluma y la palabra. Lector incansable que hace gala de una gran erudición y de un temperamento conciliador que siempre está dispuesto a concretar el entendimiento sin renegar de sus principios y valores.

Disfruta del privilegio de haber tratado con destacadas personalidades de la ciencia y la cultura, así como también con quienes tuvieron una participación decisiva en el ámbito de la política mundial y nacional. Con muchos de ellos trabó una amistad fraternal. Esa relación le brindó un vasto conocimiento y una visión profunda para la comprensión de los fenómenos políticos y culturales que se produjeron, y producen, en el curso de la vida de los pueblos.

Ingresó a La Nación cuando contaba 18 años de edad. Perteneció a la cuarta generación de una familia que está vinculada con ese diario de manera ininterrumpida desde fines del siglo XIX. En sus comienzos, fue cronista destacado en la Casa de Gobierno y luego cronista parlamentario. Cubrió con singular solvencia los debates de la Convención Constituyente de 1957, sobre los cuales tuvo la oportunidad de ilustrarnos en muchos de sus aspectos más específicos y poco conocidos.

A los 23 años de edad fue designado en La Nación Jefe de Políticas, Parlamentarias y Gremiales. Dos años más tarde obtuvo la beca del World Press Institute que le permitió cursar estudios especializados en el prestigioso Macalester College de Minnesota,

St. Paul, sobre las instituciones políticas, sociales y culturales de los Estados Unidos. Simultáneamente, se desempeñó en la redacción del diario *The Miami Herald*, uno de los más importantes de ese país. Durante su estadía, entre los años 1963 y 1964, se concentró en comprender y analizar el funcionamiento del Departamento de Estado y del Congreso de los Estados Unidos, habiendo seguido en Washington, desde el viernes 22 de noviembre de 1963, los acontecimientos políticos y sociales suscitados con motivo del asesinato del presidente John F. Kennedy.

Al regresar a la Argentina, con un bagaje de experiencias invaluable, concluyó sus estudios de abogacía en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y fue incorporado al Estudio Jurídico “Espil, García Arias & Santos Muñoz”. En él ejercía su profesión Jorge Aja Espil, distinguido jurista que fue presidente de nuestra Corporación.

La intensidad de su pasión periodística relegó la vocación por el arte de abogar. Así, y siempre en *La Nación*, fue nombrado corresponsal para América latina entre los años 1966 y 1968, y luego Subjefe de Editoriales. Fue un reconocido columnista político cuyas agudas notas leíamos con sumo interés. Eran anónimas, pero todos sabíamos que provenían del talento de Escribano. En la múltiple producción de Escribano, así como también en las innumerables conferencias que pronunció desde las más prestigiosas tribunas del país y del extranjero, se percibe una idea humanista, clave capaz para estimular el intelecto por su estilo elegante y sobrio, la pureza del lenguaje, la coherencia, la originalidad y profundidad del pensamiento transmitido, la sensibilidad, el buen sentido del humor y una amplitud cultural siempre unida a la actualidad de los temas.

Los impulsos y factores que determinaron su trayectoria periodística y de analista político fueron, sin duda, las calidades y aptitudes personales innatas que supo cultivar con esmero, así como también el modelo representado por dos de sus eminentes

maestros: Luis María Lozzia y Juan Santos Valmaggia. Merced a ellas en 1981 fue designado Secretario General de Redacción, y posteriormente, siguiendo los pasos, precisamente, de Valmaggia, Subdirector de La Nación integrando, desde 1997, el Directorio de la Sociedad Anónima La Nación.

La excelencia de la labor intelectual de Escribano fue la razón determinante para que su colaboración fuera requerida por prestigiosas entidades. Entre 1974 y 1987 se desempeñó en el Instituto de Desarrollo de Empresarios de la Argentina –IDEA– como columnista político. Expositor en materia de comunicación social en reuniones promovidas por el Episcopado Argentino y la Escuela de Defensa Nacional, así como también en los cursos de Comando y Estado Mayor de las fuerzas armadas y del Estado Mayor Conjunto.

Asesor de la Fundación Knight Reader dedicada al otorgamiento de becas para los estudios de especialización en periodismo que se desarrollan en los Estados Unidos. Miembro fundador y del Comité Ejecutivo del Foro Iberoamérica que presiden el escritor mejicano Carlos Fuentes y el ex presidente chileno Ricardo Lagos. Tiene activa participación en los congresos y deliberaciones sobre el uso de la lengua española de la Real Academia Española y del Instituto Cervantes.

En el ámbito periodístico fue elegido, en cuatro oportunidades, presidente de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas –ADEPA–; entre 1979 y 1995 representó a La Nación ante la Sociedad Interamericana de Prensa –SIP–; y durante seis años integró el Directorio de la World Association of Newspapers –WAN– que es la más importante de las instituciones de la prensa gráfica que agrupa a cerca de 18.000 entidades representativas de 105 países.

Por otra parte, su vasto conocimiento sobre los más variados aspectos de la ciencia de la comunicación social, merecieron que

fuera incorporado a la Academia Nacional de Periodismo como miembro de número, habiendo ejercido la presidencia de tan prestigiosa entidad durante seis períodos.

Su producción intelectual y su conducta basadas sobre el respeto de los valores humanos, la libertad, la dignidad y la tolerancia, fueron ampliamente reconocidas mediante las distinciones que le fueron otorgadas. En Italia con la Orden al Mérito en grado de caballero. En España con la Orden Isabel la Católica en el grado de comendador. En Francia con la Legión de Honor.

También cabe destacar que, en 1981, recibió el Premio Efe, hoy conocido bajo el nombre de Premio Rey de España, por el mejor trabajo informativo en el ámbito iberoamericano, y que es uno de los cuatro argentinos que, en tres oportunidades, obtuvo el Premio Konex de Platino. En 1987 por sus comentarios sobre la actualidad política en La Nación, y en 1997 y 2007 por la conducción de la redacción de ese diario.

Presentar a José Claudio Escribano es una tarea sumamente grata. Desde hace varias décadas disfruto del privilegio que significa gozar de su amistad. Su trato cordial y respetuoso, sus recuerdos amenos, su firmeza, su hombría de bien, han sido permanentes e inalterables. Sus virtudes y caballerosidad no variaron a raíz de los agravios que, con sutil cobardía, pretendieron descalificarlo públicamente, incluso por un ex presidente de la República que ignora el significado del disenso y del pluralismo.

Su presencia y su mensaje en el curso de nuestras desventuras políticas, culturales y éticas son la contrafigura de la decadencia institucional que padecemos. Pero en medio de esta tormenta que revuelve y contamina los más nobles ideales, Escribano, a igual que muchas personas, se mantiene firme, sin una fisura, sin una mancha, sin una concesión, dando testimonio con su pluma y su presencia de que la República subsiste, y que en su seno están presentes las fuerzas morales que describiera José Ingenieros y

que le permiten estar de pie en el Bicentenario de la gloriosa Gesta de Mayo para afrontar los próximos desafíos.

En el momento de recibir sus lauros académicos, es justo señalar el mérito que corresponde, en el triunfo intelectual de Escribano, a su digna esposa Rita Vigliercho y a sus hijos que supieron, y saben, proporcionarle el clima de amor, paz y serena alegría indispensable para la faena creativa del intelecto.

En nombre de esta Academia Nacional, me es particularmente grato ceder la tribuna de nuestra Corporación al nuevo académico que nos ilustrará sobre el lenguaje, la cultura y la política.

LENGUAJE: CULTURA Y POLÍTICA

Por el académico DR. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO

Las instituciones son, como las familias, lo que son los seres que las integran. Eso explica el placer con el que entro en esta casa para rodear la mesa común de los señores académicos. Tomo asiento avisado de que nada debo perder de la palabra, ni de los gestos o el silencio –lenguaje al fin–, de los miembros de la institución nacional en la que soy recibido en sesión pública.

Los elementos inorgánicos de este ámbito trasuntan una impregnación armónica con los personajes que acuden a la periódica cita. Lo percibo en las paredes que los ojos recorren con admiración. A veces, con nostalgia.

Una casa poblada por recuerdos es una casa que habla. Hablaba *La casa* en la inolvidable novela de Manuel Mujica Láinez, de quien se acaban de cumplir cien años del nacimiento. Hablaba por el sensualismo de una imaginación que fecundaba el cabal conocimiento de historias y de protagonistas reales. Así escribió Mujica Láinez las palabras con las que recuperó para el lector una verosímil y señorial mansión de la calle Florida.

A partir de aquellas semblanzas familiares puedo a mi vez reconstruir las experiencias de un largo medio siglo de mi existencia personal. Conciérne a la parte que los señores académicos han

evaluado, con generosidad, para que los acompañe en la tarea de propender al conocimiento de las ciencias morales y políticas.

Desde la temprana adolescencia, el destino dispuso que me aplicara a tareas vinculadas con la actividad pública de no pocos de quienes han conferido vuelo a esta institución. Cómo olvidar en este atardecer, que comienza a ser atardecer en la vida, las confidencias políticas del doctor Alfredo Palacios. Por allí asoma su recia estampa varonil.

Tuve el privilegio de sus confidencias en el tránsito de algunos hechos de resonancia nacional, como el del arbitraje del tribuno socialista en uno de los últimos lances caballerescos que haya habido en la Argentina¹. Fui testigo del esmero con que el doctor Palacios se preparó, de regreso en el Congreso Nacional y ante la expectativa que suscitaba en el pasado una interpelación, para el enfrentamiento con el más brillante ministro del Interior que he conocido, el doctor Alfredo Vítolo².

Cómo olvidar al ex presidente de esta academia doctor Jorge Aja Espil³. En su agudeza interpretativa de la ciencia jurídica observé de qué manera el Derecho responde, en sus esencias, a premisas de la lógica matemática y evade comportarse como si fuera una sistematización –a veces sagaz, a veces vulgar– de aproximaciones conceptuales. Al lado del doctor Aja Espil experimenté que el estudio del Derecho y de las instituciones del Estado

¹ Duelo entre el entonces secretario de Guerra, general Rodolfo Larcher, y el diputado nacional (Unión Cívica Radical del Pueblo) señor Agustín Rodríguez Araya, realizado el 30 de diciembre de 1958, en la residencia de la familia Muniz Barreto, en Arribeños al 1400, en el barrio de Belgrano, Buenos Aires.

² Interpelación al ministro del Interior del presidente doctor Arturo Frondizi, realizada en el Senado de la Nación el 17 y 18 de mayo de 1961.

³ Entre 1967 y 1971 el autor se desempeñó como abogado “part-time” en el Estudio Espil-García Arias-Santos Muñoz. El doctor Aja Espil era por entonces un miembro activo de ese estudio. Tanto el doctor Aja Espil como los doctores García Arias y Santos Muñoz fueron, en diferentes períodos, subsecretarios de Relaciones Exteriores. Por su parte, el doctor Felipe Espil había estado a cargo de los intereses argentinos en Washington en 1922-1928 y, como embajador pleno, en 1931-1943.

funciona como un émbolo que infunde rigor al periodismo. Cómo olvidar, en ese sentido, la personalidad y las enseñanzas de aquel otro maestro de las ciencias políticas que fue el doctor Mario Justo López⁴. No lo traté en las aulas, pero sí como uno de los colaboradores confiables en el espacio en que se afirma la doctrina editorial de un viejo diario.

Esta casa está asociada a la trayectoria de argentinos que convocan mi emoción. Emilio Hardoy, en cuyos años altos de la vida percibía los raros atributos del hombre de Estado. Carlos Muñiz, de quien la República es deudora por dos hechos de excepcional significación: la creación del Instituto del Servicio Exterior de la Nación y el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Félix Luna, con quien prolongaba, en pagos de Exaltación de la Cruz, las tertulias enriquecedoras sobre política e historia que habían animado la relación afectuosa con aquellos otros eminentes ciudadanos. Algún día, por un ejercicio recuperado de gratitud colectiva, esos nombres resonarán en el nombre de calles del país.

Sobran, pues, razones para que se active la memoria cuando penetro en este recinto. Es algo más amplio que la decisión honrosa de los señores académicos lo que debo agradecer. Es haberme abierto un lugar para el encuentro con amigos que están presentes, a pesar de la desaparición física, y con otros –unos de antigua data, otros más recientes– y que pertenecen todos por igual al plano de las “afinidades electivas” de las que hablaba el maestro de Weimar.

Esta incorporación a la Academia supone dos demasías. La primera es sucederlo al doctor Víctor Massuh; la segunda es que el asiento del doctor Massuh seguirá llevando el nombre de Domingo Faustino Sarmiento. ¿Qué decir de un coloso de la argentinidad cuando la República, que él cimentó, duele? Duele por la magnitud

⁴ El doctor Mario Justo López fue editorialista de LA NACION.

de la pobreza y la inseguridad, la imprevisión y la improvisación en el funcionamiento de la organización del Estado y porque se sigue expulsando hijos y nietos al extranjero. Se han ido a otras partes de América y a Europa, en particular, mientras todas las razones, propias y ajenas, se conciertan para cerrar caminos al renovado advenimiento inmigratorio de las viejas culturas. Ellas contribuyeron al éxtasis del *Canto a la Argentina*, en 1910: “He aquí la región del Dorado, / he aquí el paraíso terrestre, / he aquí la ventura esperada, / he aquí el Vellocino de Oro... / la Atlántida resucitada...”⁵.

Sé que nos conformaríamos con menos –con bastante menos– de lo que Rubén Darío, el más grande poeta hispanohablante de la época, percibió en la Argentina del Centenario, pero vacilo en hallar las palabras justas para expresar algunos sentimientos. No porque sospeche que el adalid del modernismo arrebató en exceso el verbo, sino porque corresponde recordar que Massuh procuró, aun en medio de las dificultades nacionales que podían abrumarlo, hallar brechas a cuyo través se batieran siempre los vientos de la esperanza. A Massuh lo decepcionaba el Simón Bolívar de los últimos días, el del grito desgarrador de que había “arado en el mar.”

Constituye una observación apropiada a los tiempos que corren reafirmar el convencimiento de que la educación popular legada por Sarmiento es la roca que sobrelleva, claro que cada vez con más tropiezos, el peso de largas décadas de retrocesos comparativos con muchos otros países. Son los mismos retrocesos que suscitan, por decir lo menos, la perplejidad de quienes, habiendo conocido lo que la Argentina fue y prometió ser, la miran azorados desde otras partes del mundo.

Es apropiado también, pero desde la indeclinable visión esperanzadora de Massuh, el señalamiento de que cuanto más peno-

⁵ Rubén Darío, *Canto a la Argentina*, páginas 90 y siguientes, LA NACION, número especial del 25 de mayo de 1910.

sa ha sido la situación nacional, como sucedió en el tránsito del siglo XX al siglo XXI, más han descollado, por contrapartida, los hallazgos de sus científicos, técnicos, artesanos, músicos, cineastas, arquitectos, diseñadores y, por qué no, los de esos productores agropecuarios y fabricantes de maquinaria agrícola que han vuelto a hacer del campo el sector de mayor productividad de la economía argentina. País de contradicciones desconcertantes, no asombre, entonces, que aquellas *mieses* del *Canto a la Argentina* labrado por Darío doren aún más, ahora multiplicadas, la tierra que abonó la instrucción pública impulsada por Sarmiento. Es decir, por quien fue el primer presidente en promover, con firmeza, las actividades agrícolas en un territorio que era hasta entonces, casi con exclusividad, ganadero⁶.

El doctor Massuh fue llamado para cumplir funciones como embajador ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura por diligencias, en el gobierno militar de entonces, de quienes se empeñaban en abrir compuertas hacia la restauración democrática. Cuatro años después de haber comenzado sus trabajos en la UNESCO, el ex profesor de Filosofía de la Historia y de Filosofía e Historia de las Religiones en la Universidad de Buenos Aires, el discípulo del maestro que fue Vicente Fatone, era elegido presidente del consejo ejecutivo de aquella organización.

Los votos que encumbraron al doctor Massuh en tal posición, sólo alcanzada antes por un argentino que también integró esta Academia —el doctor Atilio Dell Oro Maini—, impresionan tanto por el número como por la diversidad de matices políticos y de intereses nacionales concertados, en plena guerra fría, para sostener su candidatura. En 1980, el doctor Massuh dejó, en medio del reconocimiento general de los jefes de misión ante la UNESCO, las funciones para las cuales había sido llamado. Diez

⁶ Ídem.

años después, y en nombre de un gobierno democrático, estaba al frente de la embajada argentina en Bélgica. Espero que algún día sea respetado por los sectores intelectuales petrificados en la intolerancia que todavía ignoran sus contribuciones a la cultura.

La extroversión emocional con la cual el doctor Massuh acompañaba en su obra la reflexión sobre los temas de la patria coincidía con el estilo aquejado de inquietudes que Eduardo Mallea y, a su modo, Ezequiel Martínez Estrada, vertían en libros de los años treinta y cuarenta. Son, sin embargo, pensamientos de actualidad, según ha dicho Santiago Kovadloff, en un artículo reciente publicado por la Academia Argentina de Letras⁷. Son, también, sufrimientos de hoy.

Hace tres décadas, Massuh advertía a los argentinos del peligro de desfigurarse los sentimientos por incapacidad para contener la desmesura. Fíjense qué palabra: desmesura, a la que calificaba ya entonces de “pecado capital”, por llevar al desgaste y el patetismo⁸. Massuh instaba a perseverar en el diálogo, no como un mero acuerdo transaccional de ideas opuestas, sino como acto compartido destinado a gestar una renovación de ideas. Volvería hoy, sin duda, a insistir en ese tema insoslayable.

Más que pensar el país, Massuh pensó el mundo a partir de los grandes temas de la vida y de la muerte. Abrazó la triple dimensión de la filosofía, la religión y la ciencia, pero no sólo para el deleite en las abstracciones de una mente superior. Exigió aún más de sí y de los demás. Se notaba en la firmeza con la cual proclamó que no basta con el puro conocimiento, sino que es necesaria su aplicación útil al servicio social, como cuando la física atómica, decía, se trasluce en ingeniería nuclear, cuando la biología mo-

⁷ Santiago Kovadloff, *Víctor Massuh, pensador del presente*, páginas 59 y siguientes, Boletín de la Academia Argentina de Letras, Tomo LXXIV, Buenos Aires, 2010.

⁸ Entrevista con María Esther Vázquez, publicada en *Enfoques*, en el Suplemento Literario de LA NACION, del 14 de noviembre de 1982.

lecular tiende a la ingeniería genética o cuando la investigación fenomenológica deriva en la industria robótica⁹.

Con filósofos que además de pensar se manifiesten como impulsores de la acción práctica, habrá más visionarios de las calidades de Pablo Hary, el inspirador, en 1960, de la transformación de las prácticas agrícolas en el país a través de los grupos Crea, que decía, él también, hace medio siglo: “No basta ya con conocer técnicas nuevas, sino que habrá que traducirlas en realidades; no basta con producir más, sino que habrá que producir mejor calidad a menor costo.”¹⁰

En el complemento armónico entre la filosofía y la ciencia, Massuh identificaba la convergencia de los caminos indispensables para llegar a la que consideraba meta esencial de la Humanidad, que es “hacer del planeta una morada más apta para la convivencia pacífica y civilizada.” ¿Cómo no habría, pues, de ser actual un pensamiento que es puesto a prueba a diario por la irracionalidad de la violencia, por el nihilismo que desafía los valores fundamentales de la naturaleza humana y que nos destrata como individuos y seres sociales?

La ciencia y la filosofía necesitan de la palabra, de la palabra virtuosa y con fuerza creadora de la que hablaba Massuh, al afirmar que la violencia no debía ser la puerta de salida para las encerronas históricas y que las incertidumbres de la filosofía debían estimular a la ciencia a encontrar nuevas certezas. Esa palabra a la que apeló Massuh ha hecho un largo viaje de experimentación y evolución desde que nació por mestizaje de culturas.

Hablamos una lengua en cuya unidad debe observarse lo más sabio del genio estratégico español. La Real Academia Espa-

⁹ Conferencia patrocinada por LANACION en la Sociedad de Distribuidores de Diarios y revistas, publicada el 29 de septiembre de 1985.

¹⁰ *Crea: medio siglo de un gran cambio*, Clarín, página 10, Suplemento Clarín Rural, sábado 3 de abril de 2010.

ñola fue fundada en 1713. El alcance político que iba a importar para España esa decisión se tradujo un año después en el acto de Felipe V de colocar la Academia bajo su “amparo y real protección.” Congruente con esa política ha sido, desde el siglo XIX, con monarquía o con república, el estímulo brindado por España a la constitución y establecimiento de vínculos permanentes con las restantes academias de la lengua. Son veintidós academias, veintidós puentes por sobre las fronteras nacionales y en cuyo tránsito se revitaliza la lengua común. Veintidós puentes que ningún delirio político o vecinal podría de un día a otro clausurar.

La clarividencia política de Felipe V fue precedida por más de dos siglos de articulación normativa de la lengua castellana. En agosto de 1492, mientras Colón navegaba en dirección de lo que habría de ser América, Nebrija publicaba la primera gramática entre las lenguas modernas de Occidente. Es una coincidencia pasmosa, a propósito de esos dos acontecimientos históricos, que en la dedicatoria de su obra a la reina Isabel la Católica Nebrija consignara la equivalencia entre lengua e imperio. O sea, entre cultura y política.

La lengua castellana encuentra en el siglo XXI su segundo siglo de oro. Es la lengua cuya enseñanza se halla más difundida en escuelas e instituciones de los Estados Unidos y Europa después de las respectivas lenguas madres. Es la lengua que habla una constelación de 450 millones de personas, incluidos más de 45 millones de habitantes de los Estados Unidos que generan, en conjunto, una riqueza mayor que la República Argentina. Ellos constituyen hoy la primera minoría social en aquella potencia.

¿Hemos de ser indiferentes al fenómeno de integrar, sin ser españoles, la ciudadanía lingüística, ahora de proporciones enormes, que ya reivindicaba para sí Darío en *El canto errante* de hace cien años?¹¹ ¿Podríamos ignorar, acaso, que nuestra voz

¹¹ Rubén Darío, *El Canto Errante*, volumen XVI de las Obras Completas, Administración Editorial Mundo Latino, Madrid.

de hispanohablantes y, por lo tanto, nuestros intereses nacionales repercutirán con mayor fuerza en la política, en la cultura, en los mercados apenas aunemos más esfuerzos en el aprovechamiento de una ventaja tan excepcional como la que atesora la lengua que hablamos?

Gracias España, gracias Argentina. Gracias por esa lengua maravillosa que nos ha sido dada. Las fuerzas de la globalización energizan las lenguas de la dimensión de la nuestra y conspiran, con fatalidad, contra muchas otras, de menores alcances en la población mundial. Nunca sabremos si la belleza de una flor o el amor entre dos seres habrá inspirado en alguna de las lenguas que desaparecen, por haber desaparecido el último hombre o mujer en hablarla, palabras que reflejaban una forma superior de trascendencia que las conocidas. Necesitamos de todas las lenguas. No olvidemos que somos seres inacabados, pero perfectibles.

Los lingüistas hacen saber que están condenadas a muerte, a breve plazo, más de la mitad de las cinco mil lenguas que aún se hablan en el planeta. Desde hace un año, por primera vez en la historia de la Humanidad, viven más hombres y mujeres en ciudades que en ámbitos rurales, junglas, caseríos montañoses. Eso acelera el proceso de extinción de lenguas que por siglos y milenios habían afirmado su identidad única.

Hay modestos consuelos. Se fortalecen por todos lados trabajos de grabación y estudios críticos de lo que de otro modo se perdería sin remedio. Tenemos nuestra propia experiencia con voces del dialecto piamontés decimonónico, vivas en Rafaela pero muertas en Cúneo, de donde las trajo la inmigración con su cultura del trabajo. De Europa, llega alguna noticia alentadora y sorprendente. Todavía subsisten, en aldeas alpinas, en Italia, unos pocos centenares de hablantes del cimbro, un dialecto de origen bávaro, tan antiguo como inalcanzable para los bávaros alemanes, pero que permite entender una vez más a Thomas Mann cuando dudaba, con intención, si Bavaria estaba al sur de Alemania o, en

realidad, al norte de Italia. No, Internet no lo destruye todo en materia de lenguaje: la televisión y la telefonía celular, tampoco: una de las últimas esperanzas de conservar el dialecto cimbro, mientras tiende a cerrarse su milenario ciclo biológico, está puesta en ensayos que se realizan en periódicos *on line* y en programas televisivos de la región.

Hubiera sido grato para el filósofo de *Nihilismo y experiencia extrema* y *La flecha del tiempo*¹² si en un espacio abierto a reflexiones sobre el lenguaje nos preguntamos, como tantos lo han hecho antes de ahora, sobre las calidades e, incluso, sobre la existencia posible o no, de un pensamiento que no hubiera sido precedido por un lenguaje.

Ortega y Gasset abordó la cuestión cuando se preguntó si habría pensamiento en el caso del hombre que fuese un individuo en absoluto aislado. “Pensamiento y lenguaje –decía– son funciones inseparables y ni más ni menos que oriundas de la sociabilidad la una que la otra. Tenían razón los griegos cuando hicieron equívoco el vocablo *logos*, encargándole indistintamente la significación de decir y pensar.”¹³

El gran lingüista George Steiner, propuesto en más de una ocasión para el Premio Nobel de Literatura por la Academia Argentina de Letras, afirma que no es nueva “la idea de que todo acto cognitivo, el proceso por el cual el hombre percibe el mundo y se relaciona con él, es básicamente un acto de lenguaje”¹⁴. La forma en que se produce esa conexión constituye un fenómeno provisto de curiosas referencias. Steiner llega a recordar, con alguna ironía, que ya en el siglo XI san Pedro Damiano había expresado aquel

¹² Víctor Massuh, *Nihilismo y Experiencia Extrema*, 1976, Ed. Sudamericana; *La Flecha del Tiempo*, 1990, Ed. Sudamericana.

¹³ José Ortega y Gasset, página 580, Tomo IV, Obras Completas, 2005 Santillana Ediciones Generales, S.L y Fundación Ortega y Gasset. Taurus. España.

¹⁴ George Steiner, *Extraterritorial*, página 110 (Adriana Hidalgo Editores).

mismo concepto, “al sostener que incluso el paganismo en el que había caído el hombre era consecuencia de un error gramatical: debido a que el lenguaje tenía un plural para la palabra «divinidad», la desgraciada humanidad llegó a concebir una multitud de dioses”¹⁵.

El estudio de los signos alerta, en su sentido más práctico, sobre los peligros de la ambigüedad en el uso del lenguaje. Una discusión semántica puede estar más cerca del neorrealismo italiano que de los enredos escolásticos. Así lo demuestra un pleito en que se demandaron miles de millones de dólares por las consecuencias de la trágica jornada del 11 de septiembre de 2001. Lo reconstruiremos siguiendo la interpretación de Steven Pinker, profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Harvard, en su libro “El mundo de las palabras. Una introducción a la naturaleza humana.”¹⁶

El señor Larry Silverstein había arrendado las torres gemelas del World Trade Center a las autoridades de Nueva York y Nueva Jersey. Silverstein contaba con pólizas de seguro que estipulaban un reembolso máximo por cada “suceso” destructor. Si se consideraba que el 11-S se había producido un único suceso catastrófico o siniestro, Silverstein tendría derecho a que los aseguradores lo indemnizaran con 3500 millones de dólares. En cambio, si se llegaba a la conclusión de que en lugar de uno se habían producido dos sucesos –después de todo, habían caído dos torres, en dos tiempos diferenciados–, Silverstein tendría derecho a reclamar 7000 millones de dólares, o sea, el doble¹⁷.

En los juicios abiertos tras la tragedia, los abogados debatieron una cuestión que nadie dudó en calificar de semántica: ¿qué

¹⁵ Ídem, página 110.

¹⁶ Steven Pinker, *El Mundo de las palabras. Una Introducción a la Naturaleza humana*, página 16 (Ed. Paidós-Transiciones) Imp. Barcelona.

¹⁷ Pinker, ídem.

se entiende por “suceso”? “Los abogados del arrendatario lo definieron en términos físicos: dos derrumbes; los de la compañía de seguros, en términos mentales o de decisión política...”¹⁸ Para ellos, había habido una sola conspiración terrorista.

¿Cuál de las partes tenía razón? Al zanjarse la controversia fuera del expediente judicial se ha frustrado la curiosidad académica, privándose a la Justicia, pero el hecho deja viva la preocupación por dejar en claro en los contratos de seguro qué queremos que se entienda por “suceso”.

En *El arco y la lira*, Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura en 1990 y acaso el más notable ensayista latinoamericano del último medio siglo, coincide en que toda crítica filosófica se inicia con un análisis del lenguaje. Se olvida con frecuencia, advierte Paz, que, “como todas las creaciones humanas, los Imperios y los Estados están hechos de palabras: son hechos verbales. En el libro XIII de los Anales, Tzu-Lu pregunta a Confucio: «Si el Duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿cuál sería tu primera medida?». El maestro dijo: «La Reforma del lenguaje»»¹⁹.

Quienes habitamos uno de los confines del mundo y disfrutamos, sin embargo, del privilegio de compartir una lengua con cientos de millones de congéneres, debemos cuidar día a día la lengua materna como el tesoro que es y protegerla del maltrato a que es sometida a diario por quienes amplifican el imperdonable desdén. Cuidar la lengua significa velar por su unidad, sin olvido de los particularismos en los que se refleja la diversidad cultural de naciones y comarcas. Cuidarla evita, como anotaba el autor de *El canto errante*, que se martirice “el pensamiento montándolo en potros de palabras.”²⁰

¹⁸ Pinker, ídem.

¹⁹ Octavio Paz, *El arco y la lira*, página 29. Fondo de Cultura Económica. Tercera edición, 1972, México.

²⁰ Rubén Darío, ídem.

La lengua es el medio instrumental por cuyo uso ascendemos de la condición de individuos a la de seres sociales. Como elemento determinante de una relación aún más específica, como la nacionalidad, la lengua dio lugar, en la Argentina de fines del siglo XIX, a una cuestión de Estado que se ventiló en el Congreso Nacional.

“El niño Guillermo Bigg, de nueve años, interrogado por su nacionalidad, contestó: soy alemán, nacido en Esperanza (provincia de Santa Fe)”, denunció Marco Avellaneda, en el debate en la Cámara de Diputados sobre la obligatoriedad del idioma castellano en las escuelas, en 1896²¹.

“En el idioma –dijo Avellaneda– está la base de la unidad nacional. La lengua es, en efecto, lo más esencialmente propio del pueblo, la manifestación más exacta de su carácter, el vínculo más fuerte de la cultura común”²². Avellaneda no protestaba contra el cocoliche, que era, después de todo, un arduo y emocionante homenaje al castellano. El cocoliche suponía el denodado esfuerzo del inmigrante por insertarse en plenitud en la sociedad que se estaba articulando. Hasta allí el hijo se encontraba en medio del padre y la escuela correctora y propiciatoria del grado de movilidad social que caracterizó a la Argentina.

Desde los cánticos de las parcialidades en los estadios deportivos hasta las desazones provocadas por crisis económicas y financieras, se percibe cómo las emociones populares y la necesidad impulsan, con diferentes ritmos y acentos, cambios lexicográficos y en la manera de utilizar el lenguaje.

En todo tiempo, no sólo en la contemporaneidad, la palabra ha sido distorsionada por condicionamientos psicológicos que influyen sobre los individuos y su contexto y amenguan o silencian

²¹ Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera* (1880.1910), páginas 365 a 379. Ed. Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A/ Ariel, 1997.

²² Botana y Gallo, ídem.

la libertad de expresión. Tanto la fisiología del miedo como la del cinismo han sido estudiadas según el lenguaje en casos antológicos. Uno de los más notables en esa desdichada clasificación es el de *Le Moniteur Universel*, de París. Al informar de los hechos inmediatos a la fuga de Napoleón de la isla de Elba, *Le Moniteur*, que era el diario oficial controlado por la monarquía restaurada, anunció de manera sucesiva, en las ediciones del 9 al 22 de marzo de 1815²³:

9 de marzo: “El monstruo se evadió de su exilio”.

10 de marzo “El ogro corso desembarcó en cabo Juan”.

11 de marzo: “El tigre se dejó ver en Gap. Las tropas avanzan de todos lados para detener su marcha. Terminará su miserable aventura como un fugitivo de la montaña”.

12 de marzo: “El monstruo se atrevió a avanzar hasta Grenoble”.

13 de marzo: “El tirano está en Lyon. El terror se apoderó de todos tras su aparición”.

El gravísimo asunto desaparece de la tapa de *Le Moniteur* por cuatro días, tal vez por presentimientos que agitan a los editores, y vuelve así:

18 de marzo: “El usurpador osó acercarse a 60 horas de marcha de la capital”.

19 de marzo: “Bonaparte avanza a marcha forzada, pero es imposible que alcance París”.

20 de marzo: “Napoleón llegará mañana a las puertas de París”.

21 de marzo: “El Emperador Napoleón está en Fontainebleu”.

²³ Colección *Le Moniteur Universel*, Bibliothèque Nationale, Francia (con la colaboración de Luisa Corradini).

Y por fin:

22 de marzo: “Anoche, Su Majestad el Emperador hizo su entrada oficial, tras llegar a las Tullerías. Nada puede superar el júbilo universal”.

Como en el ejemplo nada feliz de *Le Moniteur*, la naturaleza humana se ha hincado en todo tiempo ante temores que con frecuencia indignan. Ninguna ley, ningún evangelio, ha expuesto con más reciedumbre y menos condescendencia que Shakespeare la exasperación frente al maridaje entre la debilidad y el error de cálculo de los hombres en relación con sus finitas posibilidades terrenales. Es en el acto segundo de *Julio César*, cuando César, en desaire de los presagios que lo acechan y disponiéndose a ir al Senado, donde encontrará los puñales de la muerte, exclama: “¡Los cobardes mueren varias veces antes de expirar! ¡El valiente nunca saborea la muerte sino una vez! ¡De todas las maravillas que he oído, la que mayor asombro me causa es que los hombres tengan miedo! ¡Visto que la muerte es un fin necesario, cuando haya de venir, vendrá!”

Fernando Lázaro Carreter, uno de los lingüistas españoles de mayor predicamento en la contemporaneidad, observó que la palabra *democracia* tiene más de veinticinco siglos y en español se documenta desde principios del siglo XVII, siempre con el significado central de “gobierno por el pueblo”. “Sin embargo –dijo–, el aura connotativa, de afecto o desafecto, de estima o de aprensión ante esa palabra, ha ido cambiando constantemente, según los individuos, según las ideologías, según los tiempos”²⁴.

No habría mayores discusiones, en principio, si se dijera que la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo tal como fue definida por Lincoln, en la última línea del

²⁴ Fernando Lázaro Carreter, *Viejo Lenguaje. ¿Nuevas Ideas?*, página 33. “El Lenguaje Político” (coordinación Manuel Alvar) Fundación Friedrich Ebert, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

célebre discurso de Gettysburg. Pero no siempre ha habido, como en ese campo de batalla, vientos propicios a la reafirmación democrática.

Anotan dos politólogos españoles, Juan Francisco Fuentes y Juan Fernández Sebastián, que la palabra democracia fue maltratada en influyentes círculos intelectuales de España entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Angel Ganivet habló de “la inmundicia democracia”; Pío Baroja se quejó del “absolutismo del número”, y Miguel de Unamuno, nada menos, se refirió a la “dictadura del número” y disparó, algunos dirán que con patético sentido de actualidad, contra la “analfabetocracia”²⁵.

Versiones como “democracia republicana” y “democracia popular” apenas representan dos olas en un inmenso mar de definiciones explorado por David Collier y Atreven Levitsky, en el libro *Democracy with Adjectives*²⁶. Estos autores anotaron 550 “formas distintas de denominar la democracia con ayuda de un adjetivo, de un prefijo o de ambos a la vez”: “democracia electoral”, “democracia de baja intensidad”, “cuasi democracia” o “semidemocracia”, y así hasta el cansancio.

La riqueza lexicográfica de la centuria que transcurrió entre mediados del siglo XVIII, en el esplendor de la Ilustración y poco antes de la Revolución Francesa, y la primera parte del siglo XIX, ya con el romanticismo, ha sido de incomparable valor, dicen Fuentes y Fernández Sebastián, para el corpus de la nomenclatura política contemporánea. De acuerdo con el registro que han hecho ambos, corresponden al legado lexicográfico de la Ilustración y del primer liberalismo los siguientes vocablos²⁷: *anarquista, ca-*

²⁵ Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián, *El lenguaje de la democracia. ¿Crisis conceptual o crisis de sistema?*, páginas 5-35, Revista de Occidente, número 322, marzo 2008.

²⁶ Fuentes y Fernández Sebastián, ídem; David Collier y Atreven Levitsky, *Democracy with Adjectives*, The Johns Hopkins, University Press, 1997.

²⁷ Fuentes y Fernández Sebastián, ídem.

pitalista, ciudadano, civilización, clase media, constitución, derechos humanos, federalismo, ideología, independencia, izquierda, masas, opinión pública, progreso, radicalismo, soberanía nacional, sociedad civil, terrorismo, burguesía, centro, comunismo, feminismo, guerrilla, nacionalismo, pacifismo, proletariado, sindicatos, socialismo, transición...

Después de un catálogo de palabras que quita aliento y provoca asombro deberíamos, por lo menos, preguntarnos de qué habríamos estado hablando en los últimos doscientos años sin Voltaire, Diderot, d'Alembert y la familia intelectual de los maestros y discípulos inmediatos del Iluminismo. Podemos achacarles exceso de confianza en la razón, como vía determinante del conocimiento, pero cuánta grandeza en las tres palabras que acuñaron como consigna para movilizar el intelecto y lograr que el mundo no volviera a ser el de antes: “Anímate a aprender”.

“...cierta manera de utilizar el lenguaje –dice la lingüista Elisa Cohen de Chervonagura– se identifica con cierta manera de pensar la sociedad”²⁸. Es verdad, pero a condición de que se tenga en cuenta que esa utilización queda regulada invariablemente por las categorías de tiempo y espacio, que circunstan lo que se piensa y la forma en que se manifiesta lo que se piensa y se siente. Mencionaré dos ejemplos.

En las diatribas profusas que comunistas y trotskistas argentinos se propinaron después de 1928, la animosidad ahorró menos arsénico que tinta. Uno se imagina el horror mundial desencadenado en 1940, desde Coyoacán, México, por el agente estalinista de nacionalidad española que incrustó contra la cabeza de León Trotsky un zapapicos de montaña. Más difícil es imaginar el texto que el laureado poeta Raúl González Tuñón, connotado miembro

²⁸ Elisa Cohen de Chervonagura, *Camarada, compañero, correligionario: los vocablos de la identidad política*, página 113. Anales del Instituto de Lingüística. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Lingüística, volúmenes XVIII, XIX, XX y XXI.

del Partido Comunista Argentino, escribió, sin privarse de nada, a raíz del sangriento asesinato de quien había sido el organizador del Ejército Rojo: "...la prensa reaccionaria del mundo canta loas a su pobre cadáver de viejo resentido arrojándole la final paleta de tierra de ignominia... Atrás, pequeño hombre. La tierra generosa hará con tus cenizas lo que hace con las cenizas de todos los hombres: algo útil a la tierra. Recién ahora tu carne torturada de envidia y fiebre oscura tendrá un sentido, una función... Atrás, pequeña sombra de lúcida maldad. Silencio sobre la tumba del pobre León Trotsky... Que su ceniza tenga paz, pero no su memoria"²⁹.

El otro ejemplo es aún más penetrante para quienes estamos aquí reunidos. Se ha dicho, y no sin razón, que los odios políticos están volviendo a la Argentina. La comprobación es dolorosa, pero reflexionemos sobre cuántos argentinos estarían dispuestos a suscribir, por mayor que fuere el deterioro en curso de la convivencia política, un texto como el que sigue. Fue publicado por *La Vanguardia*, órgano oficial del Partido Socialista, el 14 de junio de 1956, cinco días después de la llamada contrarrevolución peronista, en medio de fusilamientos que se prolongaban desde el estallido de la revuelta.

Decía así: "El ex dictador [por Perón, naturalmente] ha llevado a la muerte a muchos de sus seguidores... En primer lugar, es dato fundamental de los hechos acaecidos la absoluta y total determinación del gobierno de reprimir con energía todo intento de volver al pasado. Se acabó la leche de la clemencia. Ahora todos saben que nadie intentará sin riesgo de vida alterar el orden porque es impedir la vuelta a la democracia. Parece que en materia política –terminaba el artículo de *La Vanguardia*– los argentinos necesitan aprender que la letra con sangre entra"³⁰.

²⁹ Revista Izquierda Nacional número 25, agosto de 1973.

³⁰ *La Vanguardia*, 14-06-1956.

El ejercicio del lenguaje escrito y del lenguaje oral ha costado vidas y sufrimientos innúmeros en la historia de la humanidad, con la novedad de que en tiempos modernos los elementos de tortura, más sutiles pero no menos perversos, procuran muchas veces desgarrar la moral antes que la carne. Hasta la ciencia y el arte de traducir las palabras dichas por otros han estado en todo tiempo en zona de riesgo. La verdad es que han habido traducciones de belleza incomparable, como la de los dos primeros tomos de *En busca del tiempo perdido*, de Proust, debida al poeta español Pedro Salinas. ¡Pero cuántas veces hemos debido oír el grito desfavorido de *traduttore, traditore!*

La tragedia ha sido el colofón de traducciones controvertidas. Hitoshi Igarashi, traductor al japonés de *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie, fue asesinado en Tokio, a fines del siglo XX. Octavio Paz nos recuerda que la versión en francés de un diálogo de Platón le costó, en el siglo XVI, la vida a Étienne Dolet. Sócrates había dicho: “La muerte no puede nada contra ti mientras vivas, porque aún no has muerto; ni después que mueras, porque ya no serás”. Dolet tradujo esa parte final diciendo: “Puesto que ya no serás *nada en absoluto*”. Se le imputó que había pretendido, con tres palabras de la propia cosecha –“nada en absoluto”–, negar la inmortalidad del alma. Pagó con el cuerpo en la hoguera la innata vocación por las traducciones libres³¹.

Los lingüistas han llamado la atención sobre el uso excesivo de tropos en el lenguaje político. Demasiadas palabras en el ruego con aplicación retorcida. Si se respetara el sentido apropiado para cada voz, ¿cómo podrían los dictadores invocar la democracia para causas propias? El valor de las palabras se quiebra, como todo, con la corrupción y dejan así de servir a sus fines. “Las cosas se apoyan en sus nombres y viceversa”, decía Octavio Paz³².

³¹ Octavio Paz, ídem, página 290.

³² Ídem.

Entre el engaño de la mentira y el recurso del silencio suele mediar más distancia de la que suele aceptarse. El silencio puede servir como enseñanza de prudencia, mientras que quien se ensimisma queda en condiciones de madurar en diálogo introspectivo.

En la oración fúnebre de homenaje al ex canciller Charles Frédéric Reinhard, pronunciada en 1837, en la Academia de Ciencias Políticas y Morales de Francia, Talleyrand incursionó en un aspecto de la reticencia en el hablar. Sus palabras constituyeron una lección sobre lo que debe esperarse del lenguaje diplomático: “Hay algo que debo decir para destruir un prejuicio que es casi universal: no, la diplomacia no es la ciencia del engaño y la falsía. Si en algo es necesaria la buena fe, es, sobre todo, en las transacciones políticas porque es ella la que las hace firmes y duraderas. La gente ha cometido el error de confundir la reserva con la falsedad. La buena fe no autoriza nunca el engaño, pero admite la reserva, y la reserva tiene la particularidad de que aumenta la confianza”³³.

No es aconsejable que el buen hablar y escribir sea vidriera obstinada de erudición. Lo dice, sin decirlo, una las definiciones de cultura de que disponemos: cultura es lo que queda sedimentado en lo más profundo de nosotros cuando hemos olvidado todo lo aprendido en particular. Don Quijote advierte a Sancho que tampoco el buen hablar es asunto de andar desparramando intentos de sabiduría a fuerza de refranes: “Puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes (Sancho) por los cabellos, que más se parecen disparates que sentencias.”

Un problema enojoso se presenta cuando lo que debería estar sedimentado en nosotros es insuficiente en aspectos básicos de la lengua. Comenta Valentín García Yebra, miembro de número de

³³ Duff Cooper, Talleyrand. *El mago de la diplomacia napoleónica*, páginas 300-301, Ed. Claridad, 1939, Buenos Aires.

la Real Academia Española³⁴, que: “Es incorrecto decir: «De pronto se escuchó un disparo». Un disparo se oye sin ser escuchado. Se escucha cuando se quiere oír al conferenciante: « ¿Me escuchan bien, allá al fondo? ». Uno de los asistentes le contestó: «Le escuchamos con la mayor atención, pero se oye bastante mal»”.

La lengua se crea fuera del ámbito académico. Es producto de una fragua en forja interminable. Por las lenguas conocemos la evolución de las ideas y, por lo tanto, la historia misma de la Humanidad³⁵. Hace años, en la noche de un sábado de invierno, tropecé de sorpresa en el archivo del diario *La Nación* con el doctor Pedro Laín Entralgo. Llevaba el célebre médico y lingüista bastante tiempo como presidente de la Real Academia Española. Entablamos un diálogo aleccionador para mí. Entre bromas, me quejé porque el trabajo pedagógico que realizábamos por preservar la pureza del lenguaje derivaba, de tiempo en tiempo, en cambios de doctrina de la propia Academia.

“Mire –me dijo Laín Entralgo–: la lengua es una creación popular. Lo que hace la Academia es legitimar las nuevas voces con dos condiciones: primero, que hayan sido de uso frecuente en un tiempo prolongado y, en segundo lugar, que su uso se manifieste en espacios geográficos suficientemente amplios. Ahí tiene la palabra *pibe*, que la Academia ha registrado como derivada del dialecto genovés y acotada en su uso al Río de la Plata.”

Mientras la Academia vela, además, por preservar la estructura lógica de la lengua, la juventud hace las mayores innovaciones en el habla. Por eso hijos y nietos han ilustrado en todo tiempo a padres y abuelos sobre novedades lingüísticas. Bien lo sabemos. En cuanto a las diversas disciplinas del conocimiento, ellas han gravitado con diferente importancia lexicográfica según la fuerza de su evolución. Desde 1966, con la publicación del descubri-

³⁴ Valentín García Yebra, *El buen uso de las palabras*, página 16 (Ed. Gredos, 2003, Madrid).

³⁵ Paloma de la Nuez, *Turgot, el último ilustrado*, página 104, Unión Editorial, Madrid, 2010.

miento del ácido desoxirribonucleico (ADN), la biología molecular ha sido la mayor fuente generadora de palabras de la lengua castellana. Y es natural que así haya sido, ya que “cada molécula –como anotó Massuh– lleva en sí codificada toda la información necesaria para el surgimiento, continuidad, mantenimiento y reproducción de la vida.”

Tal vez por transferencia del propio envaramiento estructural a otros, alguna gente propaga la superstición de que a los académicos –a todos los académicos– les ha sido negada la virtud del humor, que tonifica el ánimo y dilata el horizonte de la sensibilidad y el razonamiento. Un lenguaje insensible a las bondades terapéuticas del humor sería un lenguaje deshumanizado, precario, hemipléjico, desangelado, por decirlo con uno de esos adjetivos que la literatura y el periodismo declaran de moda un día y al siguiente, por los mismos extraños motivos, sacan de circulación. A mayor desarrollo de las facultades intelectuales, es verdad, mayor exigencia con las fórmulas preparadas para estimular la sonrisa, y hasta la carcajada franca, y mayor rechazo por la palabra rampolna que es reflejo de raquitismo expresivo.

A medida que el intelecto madura, el espíritu se predispone para celebrar el lenguaje paradójico, o el de los sobreentendidos, que ponen a prueba la celeridad para interpretar una conjunción feliz pero inesperada de palabras: “El señor diputado ha profundizado extraordinariamente en la superficie de la cuestión...”.

Damos la bienvenida a los chispazos verbales de que nos informan, pero sin otorgar suficiente atención a que se documente la veracidad de esos hallazgos del lenguaje. Eso prueba nuestra ansiedad por encontrarnos con palabras de alivio que compensen al espíritu de las inclemencias a que vive expuesto. Poco se sabe, por ejemplo, pese a la fama del asunto en el cotilleo mundano, sobre dónde y cómo se originó la más asombrosa colisión verbal entre la excéntrica lady Astor, primera mujer que ocupó una banca en la Cámara de los Comunes, y Wiston Churchill. No ocurrió en

una sesión parlamentaria, contrariamente a lo que se afirma, sino en Blenheim Palace, el hogar ancestral de la familia de Churchill, los Marlborough.

La única fuente del caso es el libro “The glitter and the gold” (El brillo y el oro), publicado en 1953, en vida aún de los protagonistas, por Consuelo Vanderbilt Balsan, primera mujer del noveno duque de Marlborough. Su relato, textual, es éste: “La viva personalidad de lady Astor le ganó muchos amigos, pero también muchos enemigos. Ella y Wiston Churchill se tenían una enorme antipatía, a tal punto que uno siempre evitaba invitarlos juntos. Es por lo tanto desafortunado que en una de las visitas de lady Astor a Blenheim, cuando mi hijo era anfitrión, Wiston decidiera aparecerse sin previo aviso. Lo que nos temíamos iba a ocurrir, no tardó en suceder: tras una agitada discusión sobre un tema trivial, Nancy, con un fervor cuya sinceridad no podía dudarse, exclamó: “¡Si yo fuera su esposa, le envenenaría el café!”. Ante lo cual Wiston replicó con similar acaloramiento y sinceridad: “¡Y si yo fuera su marido, me lo bebería!”³⁶.

Siempre, la grandeza de una lengua estará en relación no sólo con el genio creativo de un pueblo para comunicar ideas y emociones, entre las cuales ha de incluirse la gratitud por la lengua que habla, sino con el grado de interés compartido por hacer una viva experiencia de las tres virtudes que el profesor Pedro Luis Barcia, presidente de la Academia Argentina de Letras, ha puesto en la centralidad del lenguaje: la claridad, la precisión y la concisión.

En homenaje –tardío– a esta última virtud, es hora de concluir.

³⁶ Consuelo Vanderbilt Balsan, página 162, *The glitter and the gold*, Heinemann, London, 1953.